

ALBA QUINTAS GARCIANDIA



EL  
SUEÑO  
DEL  
PRÍNCIPE

FANDOM BOOKS

1.ª edición: febrero de 2022

© Del texto: Alba Quintas Garcíandía, 2022

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Medusa Dollmaker

Diseño del mapa: Alba Quintas Garcíandía

© De las imágenes del mapa: 123RF (arcady31; jameschipper; kateoz; ylivdesign)

ISBN: 978-84-18027-58-1

Depósito legal: M-31164-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

ALBA QUINTAS GARCIANDIA

EL  
SUEÑO  
DEL  
PRÍNCIPE

CRÓNICA  
DE LOS  
TRES REINOS  
II

FANDOM BOOKS

*A quien escogió el camino difícil  
y lo recorre con orgullo.  
A quien sabe más de derrotas que de victorias.  
A quien ya desconfía de la recompensa fácil.*

«Yo hallé siempre más bella la majestad caída  
que sentada en el trono».

—RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN,  
*Sonata de invierno*

«La manera en que tú me miras me convierte.  
Si no era creyente, ya me puedes bautizar.  
Tan importante es tener una razón  
para morir como para vivir enjaulada.  
Aunque murieran atropellados,  
esos pájaros, un día, batieron sus alas».

—MALA RODRÍGUEZ,  
*Miedo a volar*

ARDENIA  
COLONIA DE ESTELA



Dramansa ●

ESTELA

MONARQUÍA CONTROLADA  
POR CORTES

LÓPRI  
DICTADURA

● Cintra



ENI  
MILITAR



# NEVÁSILE

## TIRANÍA



Nílice ●

## TEMER A LA UTOPIÍA



**A**Nolan sí le daba miedo la oscuridad. No, no miedo. Quizá se acercaba algo más a la incomprensión, la angustia, el saber que aquel no era su territorio. Jamás lo hubiera admitido, pues las noches en Estela eran demasiado sagradas, su padre las veneraba, su hermana se movía por ellas como un búho en plena caza. Pero él no pertenecía a la noche. Se había acostumbrado a pelear también en ella, como un soldado en territorio enemigo, demasiado consciente de que no podía permitirse unas horas al día de debilidad.

Dormía todo lo que podía. Siempre. A fin de cuentas, para todo lo que el príncipe heredero tenía entre manos, se necesitaba la mente lo más despejada y rápida posible, y un buen descanso le garantizaba esa inteligencia siempre a punto para saltar. Por eso aquella noche, al despertarse justo al final de un sueño que estaba siendo demasiado inquieto, se desesperó al ver que aún no había amanecido. Odiaba las duermevelas, las pesadillas, el sueño intermitente. Él quería que la noche pasara sin él, que fuera simplemente un vacío en su tiempo.

Pero, aparentemente, no iba a ser el caso.

A su alrededor, el movimiento del palacio parecía gemir más de lo normal. La habitación de Nolan estaba muy cerca del centro de la esfera armilar, cerca de la Cámara, en un lugar que

representaba a una de las constelaciones más brillantes del firmamento. Sus padres así lo habían querido. Tal vez Fobos se arrepintiera ahora de haberle otorgado aquella luz a Nolan incluso en una oscuridad que el príncipe odiaba, pero qué más daba. Jamás le había importado tan poco al príncipe heredero lo que su padre pensara de él.

Miró a su alrededor. La noche extendía sus dedos más que de costumbre sobre los muebles de la habitación, alargando sus sombras, cercándole como una amenaza sin nombre. Su madre tampoco había llevado bien las intocables noches de Estela, y recordaba dormir abrazado a ella cuando era niño, sin estar muy claro quién consolaba a quién. Apartó aquellos recuerdos de su mente como acostumbraba, de manera ya casi instintiva, pues acordarse de Dinomía no llevaba a buen puerto. Se incorporó y buscó a tientas unos ropajes con los que abrigarse. El verano se escapaba poco a poco ya de la meseta central de Estela, donde se levantaba el palacio real y la cercana ciudad de Dramansa.

Pensó en ir al encuentro de Irana, pero Clovis solía practicar su arte de noche, y era imposible sacarle del mar de niebla una vez había entrado en él en solitario. Nolan lo sabía bien. Luego pensó en ir a ver a Reira. Su hermana no dormía mucho, siempre había padecido insomnio, quizá por sus dolores, quizá porque la noche era su territorio. El príncipe sabía que tenía cierta tendencia a escaparse del palacio mientras los demás dormían, como un animalillo cuya jaula se le queda pequeña en ciertos momentos del día. Suponía que rezaba. Reira y su fe. Por mucho que no lo comprendiera, había aprendido a aceptarla, puede incluso que a respetar a su hermana pequeña por ello. Nada la quebrantaba.

Pero aquel susurro...

Tenían que ser imaginaciones suyas. El viento entre el metal del palacio. El sonido lejano de los grillos. Tal vez algún ave nocturna, jugándose su vuelo demasiado cerca de las ventanas. Pero

no. Parecían voces que intentaban decirle algo, aunque él no distinguía las palabras por mucho que se concentrara. Primero sonaban a su espalda y luego en los rincones más oscuro de su habitación, justo donde él no podía alcanzarlas.

Una sombra se movió tras una cómoda, un movimiento en el rabillo de su ojo y entonces lo supo: no estaba solo.

No fue lo suficientemente rápido. Mientras acababa de incorporarse de la cama y fijaba su mirada, la puerta de su habitación se abrió para volver a cerrarse, la sombra escapó. Él corrió a la hoja de madera, y, al abrirla, lo primero que sintió fue una mezcla de enfado y perplejidad; ningún guardia en el pasillo, nadie guardaba aquel ala del palacio como de costumbre, nadie cuidaba del príncipe. ¿Qué estaba ocurriendo? Siempre había al menos un par de centinelas allí, de esos que eran leales a Irana y a Nolan hasta la muerte, que harían cualquier cosa por ellos. Y al fondo del corredor... una figura pequeña, escurridiza, escapaba a la carrera. Pero las voces, el susurro, siguió. Voces que resultaban familiares y a la vez desconocidas para el príncipe de Estela.

Deseó que Clovis de Irana estuviera con él, pero no había tiempo de avisarlo. Como buena errante, sus aposentos estaban en una de las zonas más austeras del palacio, muy lejos de él.

Su amigo hubiera podido escuchar las voces mucho mejor que él. Su amigo hubiera podido librarse de aquella neblina mental que amenazaba con impedirle pensar con claridad. Eran susurros y a la vez sonaban con demasiada fuerza, eran fantasmas en el medio del palacio, eran palabras a las que no podía darle un sentido.

Pero él también era un soldado del mar de niebla, a veces bienvenido, a veces intruso, con la empatía siempre de su lado. Y también era príncipe de Estela, centro de un universo que no consideraba sagrado, pero que sin duda alguna le protegía. Eso, en aquel momento, era todo lo que necesitaba recordarse.

—Quién serás... —susurró a la oscuridad que lo rodeaba. Ni siquiera las paredes le respondieron. Y Nolan estaba acostumbrado a que las paredes de aquel edificio tuvieran ojos y bocas puestos a su servicio.

Nadie espía a un príncipe en su palacio.

Nadie le atacaba lanzándole las voces de...

... *la piel de la memoria*.

Echó a correr detrás de la sombra. La carrera por unos pasillos que conocía mejor que la palma de su mano le despejó un poco. Comenzó a pensar en todos los habitantes de palacio que eran, o bien maestros de palacios mentales, o bien soldados de Empatía. Luego se dio cuenta, con inquietud, de que ninguno de ellos debería saber nada de su poder. Pocos conocían el arte de Irana, pero ¿él mismo? Lo había mantenido siempre en el mayor de los secretos. Todos aquellos que habían presenciado sus habilidades habían acabado convenientemente muertos. Daños colaterales de una causa más grande. Uno no podía pretender hacer lo que quería hacer Nolan con el reino de Estela y que se le escapara una habilidad como la de la empatía.

Y simplemente apareciéndose en su habitación mientras dormía, aquella sombra podía haber firmado su sentencia de muerte. A fin de cuentas, él era el príncipe de las estrellas. Pocas cosas había en Estela más sagradas que su figura, por mucho que a Nolan a veces le entraran ganas de mancillarse a sí mismo un poco.

Corría como solo un heredero del trono puede correr por su palacio. Hubiera podido hacerlo igual con los ojos cerrados. La gracia natural con la que nacían los hombres de Estela acompañaba cada uno de sus movimientos; una mezcla de rabia, curiosidad y coraje guiaba sus pasos. Las voces no le abandonaban en ningún momento, y por primera vez pudo escuchar cómo le llamaban. Pero él no tenía miedo al mar de niebla, nunca lo había tenido.

—Estás a tiempo de detenerte e hincar rodilla al suelo para suplicar clemencia, ser a la fuga.

Lo dijo apretando los dientes, para sí mismo, jadeante, pero supo que el otro le había oído, porque aceleró su marcha y las voces le asediaron con mucha más fuerza. Nolan se sorprendió de que nadie saliera de entre las zonas del palacio que atravesaban para averiguar qué estaba sucediendo. Se sentía más solo que de costumbre en la gigantesca esfera armilar, pero hacía bastante tiempo que había aprendido que hay batallas que un príncipe tiene que librar por sí solo. Batallas que aparecían cuando uno menos se lo esperaba.

El fugitivo le condujo palacio abajo, hasta una de las torres que servían como base y puertas principales del palacio. La puerta oeste, aquella que solo podía usar la realeza. La osadía de aquel intruso no conocía límites. Otra razón para no mostrar piedad. Estaba prohibido que nadie que no perteneciera a la familia real atravesara aquella puerta.

Descendió todo lo rápido que pudo por la escalera de caracol. En un punto de la bajada se agarró a la barandilla, intentando ver mejor al intruso. Por un momento tuvo la sensación de que sus ojos le engañaban, de que parecía hecho de humo, de que la noche era un poco más oscura a su alrededor. Intentó apartar aquellas ilusiones y concentrarse en lo seguro. Estatura baja. Pelo oscuro. Rápido. No se detenía en ningún momento para mirar hacia arriba, hacia Nolan, pero parecía saber que le perseguían. Y no se había perdido en todo el camino, se dio cuenta el príncipe. No había dado rodeos. Conocía el palacio a la perfección. ¿Un infiltrado de dentro, tal vez?

Cuando cruzó la puerta real, la fresca noche de otoño le golpeó en el rostro. Las voces se unieron a una brisa fría que parecía traerle malos augurios. Se dio cuenta, asombrado, de que iba descalzo. ¿En qué momento se le había olvidado ponerse algún

tipo de calzado? Eso no solía sucederle al príncipe de Estela, desde luego.

—Habrás que cazarte como a un animal.

A pesar de estar en forma, la carrera empezaba a hacer mella en su cansancio, su respiración era cada vez más agitada. Pero daba igual. Ya no había más que la persecución. Ni siquiera se fijó hacia dónde lo conducía su presa. Había que alcanzarle, y después, descubrir qué tramaba y castigarle por su osadía. A cualquier precio.

La carrera siguió todavía un rato más bajo el cielo estrellado de Estela antes de que el fugitivo comenzara a descender el ritmo. Se paró en un claro del bosquecillo que rodeaba una parte del palacio real. Nolan también se acercó despacio, suponiendo que el otro querría negociar o que se había cansado de aquella carrera sin fin. Pero en cuanto se plantó a unos pocos pasos, el viento se levantó. Las voces fueron a su encuentro.

Y esta vez, parecían gritarle. Parecían burlarse de él.

Se le colaron hasta el último rincón de sus pensamientos, dejando su cuerpo frío a pesar de la carrera, tensionando sus músculos en un intento de prepararse para una amenaza contra la que, el príncipe lo sabía muy bien, su cuerpo no servía de nada. Tan solo una mente perfectamente entrenada para resistir a las voces que sonaban en el mar de niebla podía protegerlo. Y por primera vez en su vida, Nolan temió que su entrenamiento no fuera suficiente. Pero ya no podía dar marcha atrás.

—No pensé que fuerais tan temerario, príncipe.

Aquella voz era distinta.

Parecía una más de las voces...

*... de la piel de la memoria.*

Ojos con un brillo rojo a pesar de la noche. Los tatuajes de enredaderas recorriéndole los brazos. Los ropajes, los rasgos, el acento extranjero. Era pequeña, uno hubiera podido tomarla por

un niño, pero a la vez... algo en su expresión trascendía a las edades, al tiempo mismo.

Y a su alrededor el aire parecía más pesado. Más tangible.

Tenía una presencia que invadía todo, desde el bosque que lo rodeaba hasta su propia mente.

—¿Quién eres? —preguntó el príncipe.

Se rio. De alguna manera su risa parecía contener muchas otras, ecos de lugares muy lejanos. Se acercó y el mar de voces pareció acercarse con ella. No era como Irana, supo Nolan. Ella no intentaba siempre ocultar su identidad. Ella lo amenazaba desplegando todo su arte alrededor.

—Mi nombre es Alisa, príncipe de Estela. Soy maestra del gremio de Utopía.

Eso también era extraño.

No había casi miembros de Utopía en el palacio real. Los grandes maestros de palacios mentales asociados a la nobleza eran todos del gremio de Locci, más accesibles, más... funcionales. Utopía era un lugar vuelto sobre sí mismo, un gremio más interesado en el estudio de su propio arte que en los enredos de la corte. El reino de Estela había aprendido hacía tiempo que no se podía contar demasiado con ellos, que preferían los márgenes, que quizá se consideraban demasiado especiales para los asuntos mundanos. Nolan despreciaba aquella posición, a pesar de que a sus oídos habían llegado también los rumores de que el arte de Utopía era capaz de las cosas más inverosímiles.

Aparentemente, estaba saboreando en aquel momento lo que nunca se interesó por conocer.

—¿Qué hacías en mi habitación, Alisa de Utopía?

La muchacha rio mientras daba un paso hacia él, insolente. El príncipe intentó fijarse en sus rasgos, pero algo hacía que se desdibujaran, como si no quisieran ser grabados en su memoria.

Lo cual tenía todo el sentido del mundo tratándose de quien se trataba y a la vez era completamente impensable.

—¿Qué soñabais, príncipe Nolan? Os he observado un buen rato. Parecía inquieto, pero pensándolo bien, quizá sea un milagro que alguien como vos pueda siquiera dormir en palacio, ¿no es así? Alguien con tantos... proyectos. Con tantos cuchillos intentando clavarse en la espalda. —Lo último lo dijo con tono burlón.

—Y, sin embargo —entró Nolan al trapo, como siempre hacía—, aquí sigo. Lo que no acabo de averiguar es si vos sois otra de las que intenta clavarme esos cuchillos.

Alisa no cambió el gesto.

—A mí no me hace falta atacar por la espalda.

Había ahí una amenaza velada, y Nolan la supo ver. Se puso en guardia. La muchacha no iba armada, pero él sabía mejor que nadie que a veces un maestro de palacios mentales, si era lo suficientemente hábil, no necesitaba ninguna espada. Y aunque nunca había oído hablar de la muchacha que tenía delante, todo su instinto le avisaba del peligro. Del poder. Él, que había crecido en un lugar donde todo se medía por la cantidad de poder que uno atesoraba, que se había unido a su juego entusiasmado, podía verlo a primera vista por mucho que se intentara esconder.

Eso era un punto en común que debían de tener ambos. Y descubrir puntos en común era una de las cosas necesarias para los soldados de Empatía. Aunque no quería arriesgarse. Todavía no. Pero sí necesitaba establecer poco a poco un camino. Sí necesitaba que la distancia, no física, pero sí...

El príncipe carraspeó.

—Yo siempre sueño con las mismas cosas, Alisa. A fin de cuentas, mi mundo no es tan grande como uno pudiera pensar. La familia, el linaje, las decisiones, las posibilidades. Lo grande de nuestra posición y los detalles que cobran importancia a la

vez. El vértigo a las alturas y a la vez las ganas de saltar. El maravillarse al estar en una posición en la que todo parece posible. Aunque dicen que de infinitos, vosotros, los maestros de Utopía, sabéis mucho. Puede que demasiado.

Alisa volvió a dar un paso hacia él, esta vez quedando tan cerca que pudo ver en primer plano aquel incendio en sus ojos que tanto rivalizaba con los tonos fríos de las noches de Estela.

Su voz (¿o quizá eran voces? Nolan ya no estaba seguro de nada) sonó más pausada.

—En realidad, príncipe, sabemos más que nadie porque admitimos que no sabemos nada. Qué ironía, ¿no es así? Confiamos en que somos capaces de hacer cualquier cosa y nos lanzamos a un mar de voces que el resto teme. Nos dejamos arrastrar. Escuchamos y abrazamos la locura inherente a nuestro arte. Vos no podríais comprenderlo. Ni el príncipe de Estela, secreto soldado de Empatía, ni su siempre fiel Irana, el mimado aprendiz secreto del gremio de Locci, entienden a las voces. Las atravesáis y a la vez queréis apartarlas, lo cual no tiene ningún sentido. Por eso vuestro arte es tan limitado. —Subió el fuego en sus ojos—. Por eso jamás tendréis nada que hacer contra mí.

Si hubiera tenido un puñal a mano, probablemente se lo hubiera clavado sin dudarlo un segundo, furioso por aquella osadía. No solo por aquella superioridad inaguantable con la que hablaba, sino también por haber expuesto una información tan confidencial como la de las habilidades de Irana y Nolan con aquel descaro, con aquella convicción de que no estaba en peligro, de que no le pasaría nada por conocer uno de los secretos mejor guardados del heredero al trono.

—Incluso la Utopía —masculló entre dientes en su lugar—, debería saber cuándo *temer*.

Al decir aquello las voces despertaron, como un viento fuerte que se levanta repentinamente. Parecían venir de todos los lados a

la vez, lejos, cerca, tanto del cielo como de la tierra. Nolan no quiso escucharlas, su instinto le decía que como se parara a intentar comprenderlas acabaría por volverse aún más loco de lo que muchos debían considerar que ya estaba.

Tan centrado estaba en aquello que estaba ocurriendo allí mismo (pero a la vez muy lejos, en otro plano, en otra realidad) que casi no oyó la voz de Alisa.

—Claro que la Utopía teme, príncipe de Estela, pero a nada con lo que vos la pudierais amenazar. Tememos más a no ver que a no ser vistos. Tememos más a que nos abandone la locura que a que nos consuma. Tememos a una realidad que no pueda fragmentarse, que no sea creada y moldeada una y otra vez. Ni siquiera si ahora mismo me pusierais un puñal en el cuello conseguiríais que parpadease.

—Todos tememos a la muerte.

—Todos no, os lo aseguro. Algunos hemos aprendido a escucharla, porque siempre nos está hablando.

—Entonces habrá algo en la propia Utopía a lo que tú temas. Solo te podría fascinar tanto algo a lo que, en parte, puede que muy al fondo, temes.

Ahí Alisa pareció concederle parte de razón con un gesto y un silencio. Y también fue entonces, en el momento más inesperado de la conversación, cuando Nolan se dio cuenta de qué era lo que los unía, de cuál era la base para un camino que la empatía podía recorrer. Alisa tenía la misma pasión y a la vez el mismo miedo por su arte que él por la corona que un día heredaría y que ya consideraba en parte suya. Ambos estaban igualmente orgullosos de ser buenos haciendo lo que hacían. Ambos lo consideraban una forma de vida de la cual ni podían ni querían escapar. Ambos se regodeaban. Pero solo uno saldría intacto de aquel duelo sin armas.

—¿Qué quieres de mí?

La muchacha se paró a reflexionar su respuesta. Nolan esperó paciente. Mentiría. Suponía que mentiría. Pero hasta la mejor de las mentiras encierra algo de verdad.

—Necesito saber quién sois —respondió la muchacha, despacio.

Eso sí que no se lo esperaba.

—Todo el mundo sabe quién soy. Tú misma has alardeado hace un momento de saberlo más que cualquiera.

—Una cosa es lo que se hace y otra lo que se es, príncipe.

Nolan negó con la cabeza.

—En mi caso es lo mismo, maestra de Utopía. No soy tan retorcido. Nací príncipe y actúo como príncipe. A veces como rey. Y eso lo sabe cualquiera que pase un día en este reino.

—Ningún príncipe de Estela había tenido hasta la fecha el coraje de entrar en el mar de niebla, ¿lo sabíais? Todos los soberanos de este reino han huido del nuestro, lo han dejado en manos de quien consideraban inferiores. Pero no vos. —Mientras pronunciaba aquellas frases, Alisa se le acercó a menos de un paso de distancia, y extendió las manos hacia su rostro, aunque no llegó a rozarle. Su mirada parecía buscar todos los secretos del príncipe, y él no pudo apartarse—. Vos, a quien no se le dio el arte de Locci ni el de Utopía, que no tenéis el derecho a entrar por nacimiento, escogisteis colaros. Invadir un lugar que sabéis que os es hostil. No, no sois un príncipe al uso.

—Puede que no me guste que haya secretos en mi reino.

—O puede que no toleréis que algunos seamos demasiado libres como para doblarnos siquiera a vuestras órdenes. —Alisa sonrió—. Utopía no tiene rey ni cree en un mandato terrenal. Solo obedecemos a lo que realmente está por encima de nosotros.

Aquello, dicho en el reino de Estela, era blasfemia. El peor de los agravios. El mayor de los sacrilegios. Era razón para ser

condenado. Y más al ser dicho delante de su príncipe heredero, pues la casa real era la personificación del mandato del firmamento en la tierra, el centro mismo del universo, la única defensa contra el caos.

Pero había algo en aquella muchacha y en la intensidad de las voces que los rodeaban. Había algo que hacía que no la pudiera dejar escapar.

Y Nolan era alguien incapaz de huir de una confrontación directa.

Bajó su rostro a la altura del de ella. No llegó a rozarlo, pero casi podía sentir el calor que emanaba de su piel. Sus rasgos le recordaban a algo, puede que a alguien, pero no podía detenerse a intentar recordarlo. Tenía que olvidarse de sí mismo, de todo lo que sabía, de todo lo que recordaba. Tenía que disolverse en un mar infinito. Tenía que ser *otro*.

—Tú y yo —comenzó, susurrando—. No somos tan diferentes, ¿lo sabías?

Ella lo supo al instante. El príncipe pudo ver el reconocimiento de la técnica en sus ojos. Pero no intentó separarse.

—No creo que podáis ponerlos en mis zapatos, majestad.

Nolan sonrió al escuchar la fórmula de respeto por primera vez.

Así tenía que ser.

—Te equivocas, Alisa. Para ser rey tienes que ser todos a la vez. Desde el noble que es tu mano derecha al último campesino de tu tierra.

*Todo es posible, todo es eterno, todo es infinito. Se puede encontrar un hogar en el medio de un camino iluminado por llamas pálidas tal y como el príncipe de las estrellas busca, tal y como viene a nosotras, corona en mano, palabras de intruso serpentino...*

—No sabéis lo que estáis haciendo.

—Solo quiero que me lo enseñes, Alisa. Igual que yo te he enseñado con nuestra conversación lo que es estar ante el príncipe heredero de Estela, lo que más me enorgullece de mí. Enséñame tú tus triunfos. Enséñame aquello que te hace especial. Enséñame tu arte.

*Se puede acceder al mar de niebla con la voluntad a punto de quebrantarse, pero solo a punto, se puede coronar a un esclavo sin patria, se puede pintar tanto el pasado como el presente como el futuro y comprender que son todo lo mismo. Se puede encontrar el corazón a la muerte, siempre el corazón, siempre el centro, eternos buscadores de esencias merodeando por el mar de niebla, por el territorio de las voces de la piel de la memoria.*

Nolan escuchaba, ahora. Cerró los ojos. Las voces del mar de niebla no sonaban igual traídas por Alisa, el príncipe nunca las había oído así.

—En la cabeza de Irana siempre dicen *si tan solo se pudiera* —susurró—. Pero las tuyas me dicen que todo es posible.

—Porque para mí lo es, príncipe de Estela. De una manera que ningún soberano llegará jamás a entender. —La escuchaba a medias, mezclada con el resto de las voces, una parte más de un todo inabarcable—. No aguantaréis.

*Se puede construir un sueño sin principio ni final ni camino de vuelta posible a base de escucharnos, se puede encontrar el brillo de una estrella a punto de apagarse muy lejos de su rincón del cielo. Qué querrá el príncipe de las estrellas y del mármol, qué busca en el mar de niebla sin fronteras; acabará cazando su sueño o será el sueño el que le cace a él.*

## LO QUE ESCRIBE EL CRONISTA



«**V**olvamos —dice el Oráculo—. *Volvamos a imaginar...».* Imaginemos una rueda del tiempo tan inmensa que puede volverse sobre sí misma una y otra y otra vez, que puede saltar cronológicamente desde el rapto de una princesa de Estela al anterior ataque a su hermano, y luego retroceder hasta lo que mal llaman el inicio de los tiempos; pues la creación fue simplemente un cambio más en un todo.

En esa rueda está fija, como en tantas otras cosas, la mirada del Oráculo, y por ello nosotros debemos contarlos de nuevo, debemos volver sobre nuestros pasos para entender otra perspectiva de una historia que nunca fue única.

Imaginemos todas las caras de esta historia para poder así hacerlas reales. Imaginemos otro camino. Imaginemos una luz y una sombra, una noche y un día, algo y su contrario, en definitiva, la memoria de una errante y el sueño de un príncipe que se suceden a la vez.

No podremos comprender la una sin la otra.

Imaginemos...

Imaginemos que una vez hubo un tiempo en el cual, en nuestra dimensión, sea cual sea, solo existió una cosa: el eterno vagabundear del Hombre del Espejo siguiendo siempre a su reflejo, completamente enamorado de él. He ahí aquel al que no puedo comprender, a ve-

ces ni siquiera narrar; imaginemos a alguien con una mirada que podría ser infinita y que, en cambio, escoge centrarla solo en sí mismo, contemplándose por igual tanto por el día como por la noche. Todos los espejos mienten, pues todos los espejos devuelven un reflejo, algo que ya ha ocurrido, aunque sea con una diferencia de tiempo tan ínfima que ningún humano puede llegar a percibirla; pero no así el de Él. El Hombre del Espejo ve el presente en su reflejo. Solo el presente.

Incluso el más narcisista de todos los seres acaba acusando la soledad, y el Hombre del Espejo no podía ser una excepción. En algún momento empezó a necesitar que alguien más contemplara lo que él veía reflejado y, sobre todo, empezó a necesitar que alguien más le adorara. Con la mayor fe y devoción que pudiera imaginarse. Por eso creó infinidad de vidas, infinidad de seres imperfectos. Pese a estar siempre obsesionado consigo mismo, al Hombre del Espejo, en su inconcebible percepción, se le había otorgado el don de crear, y lo usó por primera vez para acompañarse de quien luego yo acabaría bautizando como humanos. Imaginémoslos. Imaginemos seres mortales pero capaces de sentir muchas más cosas que Él, y, sobre todo, capaces de entender que había algo por encima de ellos, algo a lo que debían adorar.

Si nosotros los imaginamos, serán reales. Si nosotros los imaginamos, cobrarán otra vez vida.

El Hombre del Espejo también entendió que para que fueran distintos a él necesitaban vida y muerte por igual, y que para tener la vida y la muerte necesitaba crear un tiempo infinito y a la vez ordenado, un tiempo cuyo total no se pudiera medir, pero sí sus partes. Por eso nos creó al Oráculo y a mí; imaginemos al Oráculo, que es lo infinito, que ve lo infinito; y si puedo pedirlo algo, imaginadme a mí, quien pone orden en el caos gracias a unas palabras que jamás me abandonan, bendición y condena por igual. El Hombre del Espejo ligó el destino de toda vida que poblara este mundo a mi pluma y

a esta crónica que escribo, y desde entonces, el tiempo es Tiempo, todo comienza y todo se acaba.

Pero Él se conoce bien, sabe que es caprichoso, que en cualquiera momento puede cambiar de opinión, que lo único de lo que no se cansa es de sí mismo. Por eso también creó a la Mujer Velada, quien puso el filo de su puñal a una distancia de mi cuello por la que ningún insecto podría colarse, que hace que yo sienta el frío del metal, pero no el corte de su hoja.

Y es así como escribo desde que todo empezó, notando siempre a mi espalda el frío aliento de la Mujer, quien se cubre la cara con su velo porque no soporta verse a sí misma. A ella también debemos imaginarla, a pesar de no poder abarcar con nuestra imaginación su horror, su culpa, su infernal existencia, puede que su condena desde que el Hombre del Espejo la creó. Ella será la que decida en algún momento cortar mi cuello con su puñal, y ya mis manos no volverán a escribir, ya no quedará nadie para escuchar al Oráculo, será el fin de los tiempos.

Y será el fin de toda vida que puebla la tierra.

Podríamos seguir imaginando este apocalipsis nuestro particular, pero nadie quiere imaginarlo porque nadie quiere que eso se haga real. En su lugar imaginemos nuestro mundo tal y como siempre ha sido, con múltiples realidades, múltiples dimensiones, la separación entre lo mundano y lo divino, si acaso divinidad es un término que se nos puede aplicar a nosotros; la separación, a fin de cuentas, entre lo que el tiempo puede matar y lo que no. Porque a nosotros nos podrían matar muchas cosas, pero no el tiempo.

El problema es que esa separación... no es perfecta.

Hasta la muralla más infranqueable tiene una grieta.

Nunca entenderé por qué. No sé en qué estaba pensando el Hombre del Espejo. No quiso llegar a cerrar del todo el camino que unía a las criaturas que había creado con nosotros, con su origen semidivino. No quiso privarlas a lo largo de su vida de lo que proba-

blemente sea un momento, un único momento, sabiendo qué es lo que hay detrás de una fe sin aparentes razones, qué es lo sagrado; sin entender que hay algo que nunca será olvidado porque no puede perderse.

Siempre hubo un camino, ¿podréis imaginarlo esta vez? Hay un mar de niebla, y como en todo mar, un límite, una frontera, finis terrae, un fin, y al otro lado... No es que haya ocurrido nunca a lo largo de esta historia eterna y al mismo tiempo tan corta, pero sí al otro lado. Quizá allí alguien podría encontrarnos. Alguien que no tema al mar de niebla ni al más allá.

Pero ese es un camino que no recorreremos por ahora.

Para contar esta otra cara de la historia, este sueño del príncipe, debemos imaginarnos a una muchacha hecha de incendios en la oscuridad: Alisa, más que maestra, habitante de la Utopía; y un lugar, un lugar que reúne a la vez la decadencia y lo prodigioso, las ambiciones más bajas y los espíritus más elevados.

Nuestro Lópreni.

Imaginemos Lópreni, ese territorio de desiertos de arena y roca, de sueños olvidados, un reino sin monumentos, un pueblo sin mucha esperanza. En Lópreni hay militares que solo atienden a razones de fuerza, tres grandes generales cuyos intereses solo están sobrepasados por sus miedos, miedos que no dejan que nadie vea; y también hay tribus nómadas vestidas con tejidos oscuros abandonadas a su suerte, aunque si les preguntáramos a ellos, probablemente dirían que prefieren ser olvidados a dejar que los mandos del ejército les reclamen a su servicio.

Pero siempre se dice, siempre se susurra.

Hay algo en Lópreni, cuentan. Algo distinto. Algo que no se puede comprender.

Seres que en otros reinos llevan milenios extintos. Ancianos con poderes que ni siquiera los grandes maestros de los palacios mentales de Estela podrían imaginar. Voces en el desierto que lo conocen a

uno mejor que su propia madre, que pueden atravesar cualquier secreto, cualquier mentira con la que hayamos intentado escondernos. Cruzar el desierto de Lópreni es algo más que una odisea para los más valerosos: es un peregrinaje en el cual una persona debe abandonar su antiguo yo y estar dispuesta a que las arenas y sus invisibles habitantes la cambien para siempre. Pero probablemente, si se sobrevive y se llega al final del camino, uno puede asegurar... que ya poco le queda por temer.

En Lópreni nosotros, el Oráculo, la Mujer Velada y un servidor, estamos más cerca de los hijos del Hombre del Espejo que nunca. En Lópreni casi pueden oír nuestro mandato, pueden sentir nuestra fuerza. Las visiones del Oráculo acerca de Lópreni son más dispares que las de ningún otro lugar, y es por eso que yo escribo una y otra vez episodios inesperados, maravillas aún por descubrir, ruinas de un sueño en el que dioses y hombres hubieran podido entenderse, hubieran podido ir de la mano.

Pero ese camino se abandonó hace tiempo.

Imaginemos Lópreni. Imaginemos Lópreni porque ya se sabe, es el mejor escenario que hubiéramos podido pedir para esta otra cara de la historia, este relato en el cual el sueño del príncipe de las estrellas se esconde hasta casi pasar desapercibido entre los nombres de sus vientos, esos que queman la piel. Su calor abrasador hubiera podido consumir a Nolan, pero esa habría sido una historia demasiado fácil que contar, ¿no es así?

E imaginemos a Alisa, una muchacha sin edad, sin recuerdos, sin pasado, que solo salvó su nombre y su arte. El único hogar de Alisa no se encuentra entre el resto de los hombres, a los que ya casi ni comprende, sino en un mar de voces y de nieblas. Alisa es una de esas raras herederas del Hombre del Espejo, con una sombra de su capacidad para crear de la nada, con un corazón que no alberga casi temores, pero sí dudas, sí preguntas, siempre preguntas. Alisa está acostumbrada a que sus pasos no dejen huella, a desaparecer en el

medio de un montón de gente, a que la acompañen voces invisibles que ya casi considera sus hermanas. Alisa nunca fue una hoguera amable, es un incendio que se genera en el núcleo del mundo y que una vez se ha vislumbrado, ya es demasiado tarde, ya ha reducido todo a cenizas. Ella misma dice que es una mercenaria, pero es mentira, pues algo como el dinero no tiene ningún valor para la maestra de Utopía. Lleva mucho tiempo buscando otras cosas. Cosas que ni siquiera entiende, pero que su instinto anhela.

Si Lópreni es el escenario del sueño del príncipe, Alisa son sus barrotes. Y por el momento, se han probado irrompibles.

Imaginémoslos a todos. Imaginemos al Hombre del Espejo, siempre vagando detrás de su reflejo. Imaginemos al Oráculo, a la Mujer y a este pobre Cronista, que por el momento seguirá escribiendo para vosotros. Imaginemos a un príncipe sin trono ni corona, pero con los mismos sueños de siempre. Imaginemos a Alisa creando palacios y cárceles de la nada.

Imaginemos Lópreni y su magia.

Imaginemos lo que no comprendemos. Imaginemos la Utopía.

Porque solo así, solo con nuestra imaginación, estas palabras podrán hacerse reales. Podrán cobrar vida.

Imaginemos...



#TÚHACESFANDOM